

hasta su corazón; todo esto permitió en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho más con el corazón, de donde, como dijo el Señor ¹, salen los pecados que manchan al hombre y le condenan; y, para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. ¡Oh Salvador mío! Por la abertura de vuestro precioso costado, os suplico perdonéis los innumerables pecados que de mi corazón han procedido. Cerradle, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y abridle solamente para que de él procedan obras con que gane la vida eterna. ¿Qué obras salen de nuestro corazón? ¿Nos hemos atrevido á herir como estos crueles soldados el Corazón de Cristo? ¿No agradecemos á Jesús la herida que ha querido recibir en él por nuestro amor?

Punto 3.º *El costado de Jesús abierto nos descubre su amor y es nuestro refugio.*—Considera cómo por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenía, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros, había sido por puro amor y con amor, pudiendo decir lo de los Cantares ²: «Llagaste mi corazón, esposa y hermana mía; llagaste mi corazón»: dos veces le llagaste, una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en ti mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fué llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera, y echases de ver lo mucho que te amé. Pondera luego cómo quiso también este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus pies y manos con los clavos y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditación de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugares de refugio para los erizos de los pecadores ⁴; son madriguera para el pueblo flaco de los principiantes; son como soledad espiritual para los que, cansados del bullicio del mundo, quieren conversar con Dios, y nido donde moran con paz y seguridad los que de corazón desean estar siempre unidos con Cristo. ¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué os pagaré las llagas que recibisteis por mi amor? ¿Por qué no llagáis mi corazón con llaga de amor y de dolor, para que os ame por lo mucho que me amasteis y me compadezca de lo que por mí padecisteis? ¡Oh Amado mío! Pues abrid vuestras llagas para que

¹ Matth., xv, 19. — ² Prov., iv, 23. — ³ Cant., iv, 9. — ⁴ Psalm. ciii, 18.

moremos en ellas, de hoy más ellas serán nuestro refugio, defensa, palacio y lugar de recreación. Perdonad el olvido en que hemos estado, y ayudadnos para cumplir este nuestro propósito. ¿Nos acordamos de las llagas de Jesús? ¿Nos recogemos á ellas en las tentaciones? ¿Meditamos el amor que con las mismas nos ha mostrado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh crueldad endemoniada! ¡Oh diabólica obstinación de los judíos! Jesús ha entregado ya su espíritu; su cuerpo está colgado en la cruz; y, no satisfecha todavía su saña contra el Redentor con las crueldades que en Él han ejecutado estando vivo, desean cebarse en su cuerpo muerto; y así piden á Pilatos que mande que le quebranten las piernas. ¡Ay del hombre endurecido, á quien nada conmueve, ni los favores, ni las amenazas, ni los milagros, ni los castigos! ¿Pero, qué podrá el hombre contra el consejo de Dios? Nada; el Señor ha dicho y mandado que no quebrantasen ningún hueso á este Cordero pascual; y por más que lo pretenden sus enemigos, no se hace; y su cuerpo se conserva íntegro, como íntegro se conservó su espíritu, sin flaquear en ninguna de las virtudes que le ennoblecieron. Mas, Jesús consiente en que su cuerpo sea injuriado, y así no se opone á que un soldado cruel levante la lanza y le abra el costado, deseando por esta nueva injuria expiar los pecados de nuestro ingrato corazón; ostentar y patentizar el amor inmenso que nos profesa, y prepararnos dentro de su mismo Corazón una morada segura, un refugio inexpugnable, un precioso gabinete en donde podamos recogerlos para defendernos de nuestros enemigos, descansar de nuestras fatigas, y entregarnos al dulce ocio de la contemplación. ¡Oh bondad infinita de Jesús! ¿Nos aprovechamos de sus favores? ¿Nos recogemos á meditar en lo secreto de su Corazón? ¿Deploramos allí la ingratitud de los hombres? ¿Lloramos en aquel lugar nuestras culpas y pecados? ¡Ah! ¡Cuán poco nos acordamos de las llagas y heridas de Jesús! Nosotros no sabemos olvidar las injurias que nos hacen, y apenas acertamos á pensar en las que Jesús por nuestro amor recibe. Volvamos sobre nosotros mismos; y, deseosos de remediar tan punible descuido, formemos propósitos, pidamos gracia para ponerlos en obra, sin olvidarnos de las demás necesidades.

68.—SANGRE Y AGUA QUE SALIÓ DEL COSTADO ABIERTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Abierto el costado de Cristo, salió de la herida sangre y agua, por varias causas misteriosas.

PRELUDIO 2.º Representémonos con viveza este hecho.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de corresponder á la caridad de Jesús.

Punto 1.º *Quiso Jesús que saliese sangre y agua de su costado, para descubrirnos su caridad.*—Considera cómo, lue-

go que el soldado cruel abrió el costado de Cristo con la lanza, salió de la herida sangre y agua, como lo atestigua san Juan ¹; y el misterio de esta sangre y agua fué la principal causa de que el Señor permitiera dicha abertura. Pondera las causas de esta misteriosa y nueva fuente. La primera fué para declararnos Jesús su inmensa largueza y caridad en darnos toda su sangre, sin reservar gota de ella, porque esta poca que había quedado en el corazón, donde no llegaron las espigas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. Y para que se viese que había salido toda, con esta última salió una cantidad de agua, porque ya no quedaba sangre en todo el cuerpo. ¡Oh, cuán pródiga se ostenta la bondad, misericordia y largueza de Dios, si prodigalidad puede llamarse lo que con tanto acuerdo y tan suave providencia se ejecuta! La segunda causa fué para declararnos la eficacia de su Pasión y muerte, para lavar nuestros pecados, y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias, y hartar la sed de nuestros deseos. Este Señor es en verdad la fuente de David ², de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas. Es la piedra viva y pedernal de fuego ³, la cual, siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. ¡Oh fuentes del Salvador ⁴, abiertas en sus pies, manos y costado! Con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud, que me lave y limpie, sane y salve. Brotad, Jesús mío, por esas fuentes patentes agua y sangre que lleguen hasta lo íntimo de mi corazón, el cual, agradecido á tanto bien, se entregue todo á Vos con deseo de amaros y serviros perpetuamente. ¡Oh, si este fuese nuestro firme propósito! ¿Qué le damos á Jesús por lo que Él nos ha dado? ¿Cómo correspondemos á su generosidad? ¿Procuramos limpiarnos de nuestras culpas con su sangre preciosa?

Punto 2.º *Esta fuente significa que los Sacramentos salieron del costado de Cristo.*—Considera cómo quiso el Señor que de su costado, abierto con la lanza, saliera sangre y agua para dar á entender que de él saldrían los Sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitencia, que son bebida de lágrimas ⁵, figuradas por el agua; y el Santísimo Sacramento del altar, figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con vino; y así, cuando vas á recibir estos Sacramentos, y sobre todo la divinísima Eucaristía, has de imaginar que te llegas al costado de Cristo, y aplicas

¹ Joan., xix, 34. — ² Zach., xiii, 1. — ³ Num., xx, 11. — ⁴ Isai., xii, 3.
⁵ Psalm. lxxix, 6.

á él tus labios para beber del agua y sangre que salió de él, y participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador. ¡Oh! ¡Si con este espíritu nos llegáramos siempre á los santos Sacramentos! ¡Qué tesoro tan inmenso de gracias reportaríamos, siendo asiduos y cuidadosos en frecuentarlos! Otra causa por la cual quiso Jesucristo que fuese abierto su costado, y se saca de las anteriores, es para significar que como de la costilla de Adán ¹, estando dormido, fué formada Eva, así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldría la Iglesia, como otra Eva, madre de los verdaderos vivientes, la cual fuese hermosa sin tener mancha ni ruga ², ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaría y alcanzaría esta hermosura. ¡Oh Adán celestial! Gracias os doy por el amor que tuvisteis á vuestra Iglesia, entregándoos por ella á tantos trabajos. Pero ¿qué mucho la amaseis tanto, pues Vos mismo la sacasteis de vuestro lado y del seno de vuestro Corazón? Suplícoos, Señor, la conservéis en paz y santidad, limpia de toda mancha, para que todos sus hijos podamos subir á glorificaros en el cielo. ¿Veneramos nosotros á la Iglesia, sabiendo que ha salido del costado de Cristo? ¿La amamos como á nuestra Madre? ¿Nos aprovechamos de los Sacramentos que ella nos distribuye?

Punto 3.º *Quiso Jesús que su costado fuese abierto, para que se cumpliese una profecía.*—Considera, finalmente, cómo el Señor, que estaba tan atento al cumplimiento de las cosas más menudas que acerca de su persona habían escrito los profetas, permitió que su costado fuese abierto con la lanza para cumplir, como advirtió el Evangelista, la profecía de Zacarías, que dijo ³: «Verán al que traspasaron». En lo cual te enseña por una parte el cuidado que has de tener en el cumplimiento de todo cuanto te prescribe la ley; y por otra, que los pecadores que con nuestros pecados punzamos y alanceamos á Cristo nuestro Señor, hemos de verle, mirarle y contemplarle con viva fe, para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazón, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte y por la causa que dimos á ella. Porque no es posible mirar con viva fe á Jesús crucificado haciendo pausa á todo lo que ha sufrido por los pecados de los hombres, sin que se levante en el corazón un vivo pesar por los que cometió, cooperando con ellos á los tormentos de este divino Señor. Mas, si no hiciéremos esto en vida para nuestro provecho, de todos modos se cumplirá en nosotros la referida profecía, porque vendrá tiempo en que le veremos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria, como juez, con llagas

¹ Gen., iii, 20. — ² Ephes., v, 27. — ³ Zach., xii, 10.

de inmenso resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron¹. ¡Oh dulce Jesús! Pues es certísimo que os hemos de mirar, ó para nuestro provecho, ó para nuestro justo y espantoso castigo, haced que os miremos ahora clavado en la cruz, traspasado con una lanza y cubierto de heridas dolorosas, imprimiendo en nuestro corazón vuestra triste figura, para que en el juicio os veamos para nuestro consuelo, haciéndonos felices eternamente vuestra vista. ¿Miramos con frecuencia á Jesús, meditando sus dolores? ¿Lloramos nuestras culpas que los causaron? ¿Cumplimos la ley con toda perfección y en todas sus partes como Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Oh abundante largueza y generosidad de Jesucristo! No contento con haber derramado por innumerables heridas la sangre de sus venas hasta quedar exhaustas, permite que su costado y corazón sean abiertos, para verter una pequeña cantidad que se había recogido en aquel delicado miembro. Y con la sangre sale agua, porque este líquido preciosísimo ha de servir para lavar, limpiar y blanquear nuestras almas de las manchas de los pecados que las afean. ¡Bendita sea la bondad y ternura de este divino Padre, que tal providencia tiene de sus hijos, aunque ingratisimos! Del costado de Jesucristo y del encendido amor de su divino Corazón han salido los santos Sacramentos que nos purifican y alimentan; el santo Bautismo y Penitencia, en los cuales somos lavados con el agua de lágrimas y el soberano sacramento de la Eucaristía, en el cual ha querido Jesús depositar su propia sangre para que nos alimentase, confortase, hiciera crecer y nos librase de la muerte. ¡Oh, si nos acercáramos á estas fuentes de salud con el mismo fervor y devoción con que aplicaríamos los labios á las llagas de Jesucristo! ¡Oh, si recordando que del costado de Jesús ha salido la Iglesia santa, la amásemos, obedeciésemos y siguiésemos fielmente sus enseñanzas! ¡Oh, si cumpliendo la profecía, fijáramos nuestra vista en Jesús atravesado, con vivo dolor y contrición de los pecados con que le hemos herido! Pues ¿qué debemos hacer? ¿Cómo hemos de corresponder á la infinita largueza de Jesús? ¿Cómo hemos correspondido hasta hoy? Él tan generoso, y nosotros tan escasos; Él nos lo da todo, y nosotros no le damos nada; Él cumple todo cuanto le ha ordenado su Padre, y nosotros apenas cumplimos cosa alguna. ¿Hasta cuándo seremos ingratos con un Señor tan espléndido? Lloremos nuestra ingratitud, propongamos la enmienda, y pidamos el remedio.

¹ Apoc., 1, 7.

69.—DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Obtenido el permiso del juez, José de Arimatea y Nicodemus bajaron el cuerpo del Señor de la cruz, y lo pusieron en los brazos de su Madre.

PRELUDIO 2.º Representate á estos santos varones bajando á Jesús de la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar el valor, piedad y demás virtudes que resplandecen en estos santos varones.

Punto 1.º *La divina Providencia escoge á José de Arimatea para que honre el cuerpo de Jesús.*—Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico llamado José, varón bueno y justo, y discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo de los judíos, el cual, con grande osadía y ánimo, fué á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús; y Pilatos, sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen¹. Acerca de este paso has de considerar primeramente la providencia y cuidado que Dios tiene con los suyos, así vivos como difuntos. Estaba el cuerpo de Cristo colgado en la cruz, con grande infamia de sus conocidos: algunas mujeres devotas lo miraban de lejos por miedo de los judíos: su Madre santísima y san Juan con la Magdalena, estaban cerca; pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados porque no sabían cómo podían bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso cuerpo merecía, temiendo que si los soldados le bajaban, sería con gran ignominia y desacato. En tal apuro, no faltó la providencia de aquel amoroso Padre, cuyo es propio consolar á los afligidos y honrar á los humillados, y así lo hizo en esta ocasión, disponiendo que en la misma cruz comenzasen las exaltaciones de Jesús. Para este fin inspiró el Señor á un varón llamado José que se encargase de este ministerio, el cual era noble y rico, porque así convenía para poder desempeñarle; pero juntamente era bueno y justo, deseoso del reino de Dios, porque no quiso el Señor servirse de hombre malo y vicioso y de poca caridad; ni hiciera caso de su nobleza y riqueza, si no las acompañara con bondad y justicia. Éste había sido discípulo de Cristo; pero estaba amilanado por temor de los judíos; mas entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su Maestro, para darle sepultura. ¡Oh amantísimo Jesús! Bien se ve en este ilustre varón la virtud de vuestra Pasión santa, para desterrar del alma toda cobardía y pusilanimidad, llenándola de un santo atrevimiento, para acometer las dificultades que antes temía y las cosas de que huía. Tocadnos como á él con la fuerza de vuestra inspiración, para que, pospuesto todo temor humano, acometamos con gran pe-

¹ Matth., xxvii, 58; Luc., xxiii, 50.

cho lo que fuere del servicio divino. ¿Nos dejamos llevar y vencer de la pusilanimidad? ¿Desconfiamos de la providencia de Dios? ¿Nos disponemos con la virtud, para ser aptos ministros del Señor?

Punto 2.º *Preparativos que hacen José y Nicodemus.*—Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino también con él otro hombre llamado Nicodemus, trayendo consigo una mixtura ó unguento de mirra y áloe, como cien libras, para ungir el cuerpo de Jesús. Considera aquí el cuidado que tuvo la Providencia de dar á José de Arimatea un compañero que le ayudase, igual á él, porque también era noble y justo, y discípulo de Jesús, aunque oculto¹; sabe nuestro Señor cuánto importa juntarse dos que sean buenos para las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y éste con la de José, y ambos con gran fortaleza acometieron esta obra; porque, como dice el Sabio², cuando un hermano ayuda á otro, ambos son como una ciudad muy fuerte; y como Cristo nuestro Señor, en su vida, enviaba á sus discípulos de dos en dos, así ahora, en su muerte, escoge otros dos discípulos para que le bajen de la cruz, porque todas sus obras quiere se hagan con caridad. Pero, así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola nueva en la tienda, porque juzgó que no convenía traer sábana que hubiese servido á otros, y Nicodemus trajo un precioso unguento, y en gran cantidad, para ungirle todo; así también, quien ofrece su corazón al servicio de Cristo, siempre con la voluntad ha de juntar las obras que pueda, procurando que sean puras y limpias, mezcladas con mortificación y devoción, preciosas y muchas; de modo que ni por ser preciosas sean pocas, ni por ser muchas sean de poco precio. ¡Oh dulcísimo Salvador! ¿Qué maravilla es que os ofrezcamos tales obras, habiéndonos Vos ofrecido las vuestras, que infinitamente sobrepujan á las nuestras? Concedednos que no seamos cortos en daros todo lo que pudiéremos, pues todo es poco cuanto podemos daros. ¿Qué obras le damos á Jesús? ¿Con qué perfección hacemos lo que es para su gloria? ¿Las compañías que tenemos nos ayudan á servir á Cristo, ó nos lo estorban?

Punto 3.º *Los dos santos varones bajan el sagrado cuerpo de la cruz, y María lo recibe.*—Considera cómo, llegados al Calvario estos dos piadosos varones, arrimando escaleras á la cruz, bajaron de ella el cuerpo de Cristo nuestro Señor, con grande reverencia y devoción, mezclada con grande compasión y lágrimas. Desclavaron los sagrados pies y manos, besándoselos con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabe-

¹ Joan., III, 5. — ² Prov., XVIII, 19.

za, adorándola con gran reverencia; y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra y todo cuanto está dentro de ellos. ¡Oh prodigio de amor, que el Hijo de Dios vivo unido con cuerpo muerto necesite que sus criaturas le sustenten! Pondera cómo, en bajando el sagrado cuerpo de la cruz, le recibiría la Virgen en sus brazos, y le abrazaría con ellos, y mucho más con los de su alma, toda traspasada de dolor, cumpliéndose á la letra lo que se dice en los Cantares¹: «Hacecico de mirra es mi Amado para mí; entre mis pechos le pondré». También acudiría la Magdalena, abrazándose con los pies, donde alcanzó el perdón de sus pecados, y como los vió tan rasgados, quedó su corazón herido de dolor, y sus ojos convertidos en fuentes de lágrimas; mas el discípulo amado iríase luego al pecho, donde se había recostado la noche antes; y como le vió abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, bañábala con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar en ella á dormir otro sueño de contemplación más profundo que el pasado. ¡Oh Virgen soberana! ¡Cuán diferentes son los abrazos que ahora dais á vuestro Hijo de los que le dabais en el portal de Belén! Entonces era hacecico y ramillete de mirra para Vos, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra que os llena toda de amargura. ¡Oh almas dichosas, á quienes fué concedido tocar y abrazar este sagrado cuerpo! Alcanzadnos de este Salvador licencia para que con el espíritu le abracemos, transformándonos del todo en su amor. ¿Tocamos con reverencia el cuerpo del Señor en la santa Comunión? ¿Nos inflamamos en su amor, recordando sus dolores y llagas?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán fiel es Dios en cumplir sus promesas! Dijo á su Hijo que le glorificaría, y apenas ha espirado, ya principia á honrarle y ensalzarle. Mil veces ha asegurado que sacará á sus escogidos de la tribulación y que ensalzará á los que se humillan. Sus amigos más íntimos hállanse en el monte Calvario sumidos en las mayores angustias, no sabiendo cómo dar honrosa sepultura á Jesús, el cual, á su vez, no puede estar más humillado, hecho la maldición de la tierra. En este instante Dios, para cumplir sus promesas, toca el corazón de un discípulo del Señor, pero oculto por el miedo, el cual, estimulado por la divina gracia, depuesto todo temor, pide el cuerpo de Jesús á Pilatos; y provisto de una sábana nueva, y acompañado de otro discípulo de Jesús, antes cobarde y ahora animoso; se dirigen al Calvario, llevando cien libras de una riquísima composición de mirra y áloe. ¡Oh poder de la divina gracia! ¡Con cuánta facilidad cambia á sus favorecidos de cobardes en

¹ Cant., I, 12.

fuertes, de tibios en fervorosos, de meticulosos en valientes y osados! Mira ya á José y Nicodemus bajando de la cruz con la más profunda reverencia el sagrado cuerpo de su Maestro, y poniéndolo en los brazos de su Madre; mira á esta Señora abrazada á los pies, y á Juan besando reverente la llaga del costado. ¡Oh, si supiéramos imitar á todos estos ilustres personajes! ¿Honramos á Jesús trabajando mucho y ofreciéndole excelentes obras? ¿Procuramos deponer el miedo á los respetos humanos en tratándose de su divino servicio? ¿Somos generosos para con el Señor, honrándole con las cosas más ricas que poseemos? Reflexionemos bien sobre todo esto, y si nos hallamos defectuosos, formemos propósitos, pidamos gracias, y conociendo las necesidades que nos rodean, con fervientes coloquios supliquemos el remedio de ellas.

70.—ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Ungido el cuerpo de Jesús, fué llevado al sepulcro en donde le colocaron, cerrándolo después con una piedra.

PRELUDIO 2.º Representate todo este suceso como si lo presenciaras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la piedad de los santos varones que sepultan el cuerpo de Jesús.

Punto 1.º Tomando José y Nicodemus el cuerpo de Jesús, le ungieron y amortajaron.—Considera cómo, después que la Virgen Santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas. Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fué concebido hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupción de la culpa al que quisiese unirse con ella; y porque el número de ciento significa perfección, por estas cien libras nos da á entender que nuestra mortificación ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fué la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares¹, que las manos y dedos de la esposa estaban llenos de mirra escogidísima, significando con esto que los que se unen con Cristo por amor han de traer siempre en su cuerpo, como el Apóstol², la mortificación de Cristo Jesús. Hecha esta unción, envolvieron el sagrado cuerpo

¹ Cant., v, 5. — ² II Cor., iv, 10.

con la sábana limpia y nueva, y la sagrada cabeza con un sudario, según era costumbre; y tanto la sábana como el sudario y la mirra con que fué unguido, como también el sepulcro en que fué enterrado, todo fué ajeno y prestado, ó dado á Jesucristo de limosna, disponiéndolo así el Señor, para darnos ejemplo de amor á la pobreza. ¡Oh Virgen sacratísima! ¡Qué dolor sentiría vuestro Corazón, viendo cubierto el rostro en que deseabais mirar más que los ángeles del cielo! ¡Oh rostro más puro que el sol! ¿Quién os ha cubierto con la nube de esa mortaja? ¡Oh Adán celestial! ¿Quién os ha vestido con piel de animales muertos? Vuestra caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adán terreno, y para quitar de por medio la nube de nuestros pecados, que nos impiden ver vuestro divino rostro. ¿Qué hacemos nosotros para librarnos de ellos? ¿Ungimos nuestra alma con la mortificación? ¿Somos generosos con Dios dándole lo que nos pide?

Punto 2.º Llevan el cuerpo de Cristo al sepulcro.—Considera cómo, luego que aquellos santos varones hubieron amortajado el cuerpo de Jesucristo, es de creer que le pondrían en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar á los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naím¹ á su hijo único que había muerto en la flor de la edad: Mas á esta desconsolada Madre no le salió al encuentro, como á aquella, el Señor para decirle: «No quieras llorar». No vino á tocar con su omnipotente mano las andas y á mandar con imperiosa voz al muerto que estaba en ellas que se levantase para entregarlo á su madre. Era necesario que este divino Jonás entrase en el vientre de la ballena² y quedase sepultado en él tres días primero que saliese vivo y glorioso. Pondera luego, como piamente puede creerse, que los coros de los ángeles se dividirían en dos partes, y una parte iría acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, y la otra vendría acompañando este divino cuerpo unido con la divinidad, para honrarle como convenía, cumpliendo lo que estaba escrito: «Que el sepulcro de este Señor sería glorioso», por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fué la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías³: «Que los ángeles de la paz lloraban amargamente», no porque de verdad llorasen, sino porque si fuesen capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. ¡Oh ángeles de paz! Alcanzadme que llore con amargura la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazón acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura que mueva á todos á llorar. ¡Oh alma mía! Acompaña con compasiva amargura á esta Madre desolada que

¹ Luc., vii, 13. — ² Jonae, ii, 1. — ³ Isai., xxxiii, 7.